

## El mar en la obra de Antonio Prieto

POR

FRANCISCO JOSÉ MONTALBÁN RODRÍGUEZ

Existen novelas, extensos poemarios e incluso profundas obras dramáticas dedicadas casi por completo a la mar, pero en escasas ocasiones podemos afirmar como en este caso, que toda una carrera literaria cualitativamente contrastada a lo largo de treinta y dos años esté tan intrínsecamente movida por una pasión tan sincera como la que generan las novelas de Antonio Prieto.

En multitud de pasajes el autor aguilero nos hace sentir las vibraciones marineras sin utilizar los campos semánticos que rodean a la palabra mar. Y ahí está uno de los méritos de este ilustre narrador: hacernos intuir con sutiles imágenes y sentimientos, la inapreciable presencia del mar.

Es Antonio Prieto un hijo de la mar por naturaleza y por propia voluntad. Por naturaleza puesto que nació en Águilas, su pueblo y el mío, cerca de la playa. Se trasladó a los seis años a otro puerto de mar, Almería, donde ya la inmensidad mediterránea calaría hondo en el adolescente, marcándolo de por vida. Los avatares de la vida le obligaron a buscar las tierras de la corte, pero Madrid entonces y hoy, no es sino el dorado minarete desde el cual el hombre de mar cada atardecer entona un canto silencioso en diálogo oculto con el mar. La distancia no es tal si el corazón late al ritmo de las dulces olas. Sabemos a través de su palabra escrita cómo unos ojos pueden contener la soledad y la desesperanza cuando existe un recuerdo hecho brisa de mar y sabemos que las lágrimas de la lontananza corren ardientes hacia las entrañas por acallar un grito de desmedido amor. Ella, la dama, se incorpora en vaivén armonioso sobre la ribera mediterránea.

Y el hombre sólo tiene ante sí un instrumento: la palabra, que asimilada al ir y venir del mar tan sugestivamente nos presenta Prieto:

«Deseando encontrarme, cada nuevo año y donde sea, en la novedad de un

mar que, como la palabra, sabe renovarse en cada ola, haciéndola distinta y dependientemente de una ola ya muy vieja que acarició la arena de una vieja Grecia que escuchó la voz de Ulises y Nausicaa»<sup>1</sup>.

Para poder comprender las apariciones del mar en la obra de Prieto, nos conviene hacer una breve reseña de las ocho novelas hasta ahora publicadas destacando los aspectos más sobresalientes de cada una de ellas.

Se da a conocer el novelista aguileno en 1955, con la obtención del premio Planeta concedido a su novela «Tres pisadas de hombre»; en ella, un ambiente tropical se hace agobiante en torno a tres hombres marcados por un destino de soledad. Tres perspectivas aisladas ofrecen al lector la visión de un asunto (contrabando de esmeraldas) desde lo más íntimo de tres personajes opuestos entre sí. El final de Luigi, sorprende en su concepción de la muerte como metamorfosis de matiz panteísta, fundiéndose el hombre y la selva para engendrar nueva selva.

El cambio de ambientación se hace patente en «Buenas noches, Argüelles» tan sólo un año después. El escenario se torna aquí más que urbano, microurbano, centrado exclusivamente en un barrio madrileño. Se mantiene en esta segunda novela un esquema estructural parecido: encontramos tres perspectivas, pero ahora la habilidad técnica consiste en entrelazarlas sutilmente sin solución de continuidad.

También la muerte se configura en esta obra como un personaje en la sombra dándonos una visión de su papel en las tres edades de la vida.

Si las dos primeras pueden contemplarse, a pesar de su indiscutible categoría, como obras de juventud, en 1958 aparece la que significa el golpe de timón que habrá de ser definitivo: «Vuelve atrás, Lázaro». Es en esta novela donde Prieto se encuentra a sí mismo y nos envuelve en una suerte de realidad y fantasía que introduce a una serena reflexión; nos presenta el tema de Lázaro resucitado, pero la arboladura externa e interna hacen al lector olvidar cualquier conexión anterior. El hombre devorado por el hombre es una idea que queda flotando tras cerrar el libro.

En 1961, la firmeza en continuar una línea literaria comenzada a la luz «Encuentro con Ilitia», la sublimación de un viaje de ida y vuelta en compañía de la propia Muerte. Encontramos ya a ésta incorporada como protagonista y engendrando un amor imposible. El recuerdo de toda una vida y el paisaje de Almería adornan eficazmente esta fascinante historia. Este mismo año consigue el Premio Ondas con «Elegía por una esperanza» publicada en 1962, adentrando-

---

<sup>1</sup> PRIETO MARTÍN, Antonio: Prólogo a «Ensayo Semiológico de Sistemas Literarios». Planeta. Barcelona, 1976. Pág. 12.

nos en el comportamiento íntimo de un hombre que se refugia en la tierra de sus orígenes huyendo de la decrepitud de Europa sumida en el fango de la autodestrucción. El hallazgo de la juventud (Elena) y la trágica desesperación de verla morir completan este canto por una esperanza de vida mejor.

En 1965 nos sorprende Prieto con un alarde técnico dentro de las tendencias narrativas de postguerra; en «Prólogo a una muerte» encontramos un profundo monólogo «exterior» del personaje analizando su vida y confesándose verdades sorprendentes hasta para sí mismo.

En 1972 «Secretum» da ocasión a nuestro admirado novelista para derramarse con absoluta entrega y generosa sinceridad en una obra absolutamente redonda. La carga de humanismo y referencias literarias abriga perfectamente la trama de ciencia-ficción que une las distintas coordenadas espacio-temporales que componen la obra. Jamás un autor se ha enmascarado tan ricamente dejando ante el lector su más íntima desnudez.

Llegando a las cimas de su narrativa, el reto era harto duro, pero no se nos pasa por alto el poderío creativo que derrochará Prieto en «Carta sin tiempo», su hasta hoy última novela. El artificio literario de la epístola ofrece excelente marco al autor para exponer sus más fervientes pasiones literarias llegando a dotarlas de una vida que sorprende al lector en cada página.

Una vez esbozados los rasgos más sobresalientes de la obra narrativa de Prieto, obviamos la enumeración de sus estudios sobre semiología y en especial sobre el Renacimiento español e italiano, por ser de sobra conocidos entre los estudiosos de una y otra disciplina. En todo caso, comprobaremos que la personalidad marinera de este autor queda patente también en su prosa ensayística.

Entrando ya en el tema del mar y su tratamiento en las ocho novelas, comenzamos por utilizar un recurso estructural habitual en los estudios de Prieto, esto es, el sistema de oposición para descubrir la luz de las diversas cuestiones. De este modo, encontramos el concepto —mar— opuesto a lago o agua estancada como oposición vida-muerte tan presente en toda la obra prietiana.

Así lo comprobamos en «Tres pisadas de hombre»: «El agua prisionera se ha convertido en cenagal, huele a cieno, a muerte»<sup>2</sup>. Más adelante Luigi nos confiesa: «Si el agua continúa abandonando su derecho a la vida, tendré que abandonar el río. Estas aguas son pasto de zancudos y no me gusta verlos revolotear por mi cabeza y servirle de alimento»<sup>3</sup>.

No falta la antinomia existente entre el mar y el agreste paisaje almeriense que describe Prieto en «Vuelve atrás, Lázaro»: «Era un paisaje desértico, fosili-

2 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Tres pisadas de hombre». Barcelona. Planeta. 13.ª ed. 1976. Pág. 259.

3 Op. cit. Pág. 281.

zado, que miles de años antes había sido poseído por el mar. Tierras, rocas y mar que se habían amado intensamente hasta generar aquella arena en testimonio de amor y por la que el hombre pasaba ahora maldiciendo su sequedad, su esterilidad de no dar fruto y no querer ser acariciada por el llanto de las nubes»<sup>4</sup>.

El mar ante todo denota libertad, nada es capaz de contener sus movimientos y todo límite resulta inútil ante su poderío. En «Carta sin tiempo» hallamos ese contraste entre el mar y la cárcel en que se halla cautivo el protagonista de la novela:

«Para ello, te encadenaré no en la oscuridad sino en un lugar desde el que veas el mar y aprendas en él si existe idea en tí por la que merezcas ser cautivo hasta que la muerte te llegue porque ya no sirvas para galeras»<sup>5</sup>.

Esa irrupción de libertad ansiada que provoca el mar, nos lleva a pensar que la mirada al piélago se torna hermoso contrapunto frente a la vulgar prosa de la realidad.

El mar es vida apartada de la cotidianeidad asfixiante del hoy, el hombre es finito y también el mar es testigo de esa limitación. Nos detenemos en un pasaje de «Carta sin tiempo» en que el mar se incorpora como receptor y vehículo de un alma:

«Tú, que ya una vez fuiste obligada a comprobar cómo un cuerpo que fue amor tuyo se resolvía en cenizas que un viento llevó a tu mar, comprenderás ahora cómo contemplaba el mar mientras una voz me describía esta muerte de Juan de Molina»<sup>6</sup>.

El mar generalmente aparece en multitud de novelas como elemento plástico que adorna un determinado paisaje y alinea un ambiente concreto. En las novelas de Prieto no falta este aspecto, como podemos captar en «Elegía por una esperanza», pero generalmente trasciende lo formal para imprimir un sello de visceralidad en toda relación del hombre con el mar, como el siguiente ejemplo muestra en la persona de Juan, campesino a la fuerza:

«Continuaba hablándome del mar, de los barcos, de los temporales, de la pesca. Ni siquiera miraba la tierra que cultivaba. No podía importar que el mar

4 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Vuelve atrás, Lázaro». Barcelona. Planeta. 1958. Pág. 18.

5 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Carta sin tiempo». Ed. prólogo y notas de A. Prieto. Ed. Magisterio Español S. A. Madrid, 1975. Págs. 88-89.

6 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Carta sin tiempo». Op. cit. Pág. 57.

lo hubiera echado a tierra, no importaba porque él mismo era el mar. Sus pies podían estar pisando aquella tierra arenosa, seca, en busca de fruto, pero su mirada estaba en el mar»<sup>7</sup>.

Es la historia del hijo que ama inconscientemente el vientre materno; ese afecto filial hacia el ser creador que aquí se erige en exilio jamás superado, dará con el tiempo paso a la más hermosa historia de amor entre hombre y mujer. No es la primera ni la última novela de Prieto, se trata del modelo ideal de relación amorosa que enraizada en la tradición neoplatónica aparece por doquier a lo largo de su obra. No importa el nombre de los protagonistas; el amor sobrehumano abandona su categoría universal para descender armónicamente al mundo de la fantasía y al mundo de lo cotidiano. Y Prieto elige habitualmente el mar como marco envolvente para sus historias. Algunas veces el mar actúa como mensajero, capaz con su ir y venir de trascender tiempos y espacios limitadores.

Veamos al respecto la sublime personificación ejecutada por el amante Acusado en «Secretum»:

«Y le dirás en mar mi palabra cuando aún este adiós de ahora esté cruzando mis ojos, sin jamás escaparse, y aún mis pies envejecidos puedan arrastrarme hasta otra orilla tuya para allí recordarte que adiós sigue sangrando. También en ti, mar, me realizo en adiós porque tu sonido será en mí otro sin su voz. Adiós, mi mar»<sup>8</sup>.

Universalmente reconocido como mensajero ideal, el elemento marino actúa frecuentemente como fuente de recuerdos. Después veremos cómo puede llevarnos a tiempos lejanísimos que se pierden entre el mito y la historia, pero ahora comprobamos que el azote de las olas sobre la orilla evoca entre añoranzas un tiempo reciente ya irrecuperable con su cargamento de personas y cosas amadas que se han ido diluyendo a través de los años:

«Y sentía que, con el calor, también se llevaba (el poniente) miles de palabras de mi pasado que aún gravitaban sobre mí aplastándome en recuerdos. Abría la boca, y el aire de poniente mojaba mis encías, me dejaba entre los labios un sabor a sal, a mar, análogo a aquel sabor fresco experimentado cuando besé a la primera muchacha»<sup>9</sup>.

Si el mar trae a Gabriel el recuerdo de ese primer beso, también sirve para enmascarar la juventud personalizándola en Elena:

7 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Elegía por una esperanza». Narcea, Madrid, 1972. Pág. 87.

8 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Secretum». Madrid. Magisterio Español. 1972. Pág. 267.

9 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Elegía por una esperanza». op. cit. Pág. 103.

«La vi lanzarse al agua, desaparecer bajo la capa ligeramente azul y luego reaparecer aspeando sus brazos, como un pequeño delfín que jugara sobre el mar a desplegar su juventud»<sup>10</sup>.

Esta misma conexión del mar con la juventud nos lleva a detenernos en un motivo abundantemente utilizado en la narrativa pretiana, hablamos de la identificación del amor y más concretamente la amada, con el mar en sus distintas vertientes.

Nos hallamos en la comunicación epistolar que intenta anegar la distancia entre los amantes, estamos en «Carta sin tiempo» y la carga lírica y pasional del mensaje resulta gratificante al lector:

«Fuiste tanta intensidad de amar, tanta gozosa espera en tus ojos, que ahora podría repetirse y saber en el mar de tu piel recogiendo mi caricia. Por ello, con la boca abierta para ser sabor de mar, estuve nadando y nadando y obsesivamente mi esfuerzo citaba tu nombre y podíamos ser diálogo sobre el mar que recogía tu voz. Y eras tanto en mí como una creación que nadie podría despertar al tiempo y al espacio»<sup>11</sup>.

Ante el tiempo y el espacio el mar suele ser un parámetro idóneo. Ante el tiempo el mar nos regaba en cada ola una inmensidad de horas y días que pierden su finitud en el desordenado fluir de las aguas azules.

El profesor de «Secretum» que no es otro que Antonio Prieto se autoconfiesa en una reflexión lo siguiente:

«Al levantarme bajé a la playa y me entregué a su sol y al mar. El mar (que no perecerá) bautizó mi rostro, toda mi piel (que sí perecerá) en un nuevo día. Es su piedad y también su amor. Digo mar y él sabe como amo su encadenamiento de olas, su saber hacerlas vibrar en distinta armonía (como los días) y fecundar en retorno su aparente fugacidad... Es como si asegurara (en su generosidad) que yo seré en la memoria de sus olas cuando ya mis pies no puedan acercarme a su orilla»<sup>12</sup>.

Desde esa orilla el hombre deja volar su imaginación y se pierde en la noche de los tiempos surcando siglos y civilizaciones sin orden que ponga límites. Así mismo, la renovada ola que arriba a las playa trae a quien observa aires de ultramar, aromas de las tierras desconocidas, cantos de tribus salvajes o idiomas

---

10 Op. cit. Pág. 108.

11 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Carta sin tiempo». Op. cit. Págs. 142-3.

12 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Secretum». Op. cit. Pág. 46.

indescifrables. Surcar el mundo a través del mar ya no es un sueño y dominar las distancias por inmensas que sean no es un imposible. Y no lo es cuando existe la mente fértil de un autor imaginativo y preparado como quien nos ocupa. Sería prolijo enumerar aquí los frecuentes saltos en el espacio que nos proporcionan los personajes de estas novelas. Tan pronto andamos con Alonso de Ercilla por tierras incas, que navegamos con Ulises frente a Ogigia, o somos cautivos con Cervantes en Argel, o bien viajamos por Italia con Petrarca o somos desterrados con Garcilaso al Danubio. En fin, son tantos los puntos geográficos que a través del tiempo nos ofrece Prieto, que podemos pensar en una especie de superestructura espacio-temporal que diluye los confines entre lo real y lo imaginario.

Podemos así volver sobre el mar y plantear la presentación en las diversas novelas del mar como un símbolo, aún a pesar del riesgo que supone minimizar toda una serie de posibles simbolismos colaterales.

Hallamos así en «Tres pisadas de hombre» el símbolo del mar derivado del contraste frente a la inmensidad de un río tropical con sus zonas muertas, el mar ofrece una eterna imagen de renovación y por tanto de agua viva.

En «Buenas noches, Argüelles» el simbolismo viene dado por la ausencia. Resulta sintomático observar que ni tan siquiera como ideal de evasión aparece en la mente de esos hombres y mujeres tan cegadoramente enclaustrados entre las paredes de sus pisos y el asfalto; la perspectiva de este submundo parece ignorar la grandiosidad del mar como elemento de escape para el alma y para el cuerpo.

La maestría de una pluma joven queda fehacientemente demostrada al ignorar premeditadamente cualquier alusión al mar por concentrar las ansiedades y tristezas del hombre en un escenario tan diminuto como un barrio.

«Vuelve atrás, Lázaro» puede suponer, dejando de lado otras consideraciones más densas, la interpretación simbólica del mar como un espejo en el cual Lázaro intenta encontrar su propio yo frente a la progresiva descomposición de su identidad ante el olvido de amigos y familiares.

Cuando el protagonista sucumbe en la desesperanza acude a la orilla del mar en busca de consuelo que le niegan los hombres.

En la siguiente novela, «Encuentros con Ilitia», el mar compone un doble símbolo, esto es, por un lado representa el recuerdo de una infancia observada desde la juventud y más tarde de una juventud observada desde la madurez. Por otro lado, el mar supone la localización voluntaria de un hombre que convive con la muerte enamorándola y desea que el mar abrace a ambos el día final.

El mar sintetiza en «Elegía por una esperanza» toda la fuerza de la juventud recogiendo la pureza de un tesoro intacto; Europa es el mundo en su decrepitud frente al infinito renovarse del piélago. Gabriel ama a Elena porque en ella adora la juventud y el mar le abre las puertas de una esperanza ya perdida.

«Prólogo a una muerte» supone la aportación de un mundo de egocentrismo y materialismo aplastante a la estampa habitualmente bucólica del mar. Encontramos a un hombre que sólo espera del mar la obtención de ingentes bienes materiales y, en consecuencia, poder.

Intentar sintetizar unas líneas lo que de símbolo hallamos en «Secretum» en todo cuanto se relaciona con el mar, es algo pretencioso. Se alude directa e indirectamente a él desde las tres perspectivas temporales claramente definidas y en todas ellas, siempre creemos ver algo digno y hermoso por lo que merecería la pena perder la vida. Así el Acusado renuncia a la inmortalidad entre otras cosas por escuchar y sentir sobre su piel las olas de un mar azul.

De ese futuro próximo en que habita el reo, descendemos al presente representado por el profesor para quien el mar supone el amor a la mujer y un estímulo vital importante. Por último retrocedemos en el tiempo hasta tropezarnos con la evocación lírica de Petrarca identificando a la amada con la pureza y la fuerza de los océanos.

En la última novela publicada «Carta sin tiempo» se puede sintetizar la función simbólica del mar como vehículo de amor y gestas heroicas en un marco intemporal; sería el mar un hermoso crisol donde se funden idilios románticos, pasiones sin medida, hombres de honda raigambre épica y una sugerente mezcla de la literatura con el mar.

En esta novela, como si de un testamento se tratase, se acumulan todas las simbolizaciones establecidas en las siete novelas anteriores referentes al mar, y además se añade alguna nueva. Por ello, consideramos que «Carta sin tiempo» constituye un muestrario válido para conjuntar este tipo de símbolos literarios en una sola obra.

Una vez esbozadas las conexiones simbólicas del mar con las diferentes novelas, nos interesa detenernos en un aspecto de especial interés para quien esto escribe; hablo de la interrelación que se puede establecer en algunas de las obras entre el mar y la muerte; no se trata de un enlazar dos conceptos distintos y hasta opuestos de modo caprichoso, sino de intentar complementar los aspectos del mar que inciden directa o indirectamente sobre el final de la vida, capítulo que, por otra parte, ocupa un puesto destacado entre los temas de preferencia en Prieto. Así lo indica su propia esposa, M.<sup>a</sup> del Pilar Palomo que señala los centros sobre los que gira toda la problemática trascendente de Antonio Prieto:

«... la muerte y el hombre, y sus mutuas relaciones, gravitando sobre conceptos universales»<sup>13</sup>.

---

13 PALOMO, M.<sup>a</sup> del Pilar: «La novela española en lengua castellana» en —Historia General de las Literaturas Hispánicas— de Guillermo Díaz-Plaja, tomo VI. Barcelona. Vergara, 1967.



Sobre los aspectos generales referentes al tema de la muerte en la obra creativa de Antonio Prieto puede servir de ilustración una reciente tesis de licenciatura realizada por el autor de este artículo titulada «El tema de la muerte en la narrativa de Antonio Prieto»<sup>14</sup>.

De este trabajo podemos referir algunos ejemplos sobre el emparejamiento mar-muerte como el que aparece en «Elegía por una esperanza» a modo de recuerdo infantil:

«Allí, de pequeño, había jugado a los ríos y a los mares cercando castillos de arena, y una mañana, despertado por unos gritos desgarradores, me asomé a la playa y vi a un hombre tendido, ahogado, inmensamente pálido. Hasta entonces, la muerte había estado unida a mí por el color rojo de la sangre. Pero aquel ahogado no tenía ni la más pequeña mancha roja sobre su piel»<sup>15</sup>.

Incluso podemos deducir una cierta carga de obsesión en relacionar el mar y la muerte en Prieto, pues el hombre consciente de su final nos muestra a nosotros, lectores, e incluso a la propia Parca encarnada en Ilitia, su firme voluntad reiterada de dejar su último aliento sobre la orilla de su mar almeriense. En «Encuentro con Ilitia» toda idea de un final físico inexorable queda indeciblemente unido a la proximidad purificadora de un mar que va y viene transportando al más allá las almas de los hombres.

«Porque quizá volviera para morir, para encerrar definitivamente mis recuerdos frente al mar, en un cementerio blanco donde el sol se esfuerza ávidamente por quemar su silencio y en donde por las noches el mar se acerca con sus sonidos de extraña invitación viajera»<sup>16</sup>.

Quizá el hombre, el Prieto autor, intentase ahí introducirse en ese abanico de inmortalidad cargado de brisa marinera que todo ser espera encontrar un día para prolongarse infinitamente sin tiempo ni espacio que puedan encorsetarlo:

«Y estás aquí mar, frente a mí, con tu infinitud, con tu eterno asomarte en cada instante a todas las orillas. Con tu ser de siglos y hacerte siglos cotidianamente que ya ningún hombre mide en contraste (y admira) proque también el hombre se hizo eterno. Tú, mar, que me sabes («ya estamos solos mi corazón y el mar»), y en cuyo sonido unos viejos las conjugaron en contrastes Amor y

14 MONTALBÁN RODRÍGUEZ, Francisco José: «El tema de la muerte en la narrativa de Antonio Prieto». Tesis de Licenciatura. Biblioteca General de la Univers. Murcia. 1987. Inédita.

15 PRIETO MARTÍN Antonio: «Elegía por una esperanza». Op. cit. Pág. 62.

16 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Encuentro con Ilitia». Barcelona. Planeta. 1961. Pág. 130.

Muerte. Porque tú sabes, mar, sabiéndome en profundo, que se amaba intensamente para vencer la muerte, para retar con la palabra la sombra del olvido que la muerte amenazaba»<sup>17</sup>.

Nos tropezamos así con un motivo de cierta raigambre filosófica hábilmente transformada en materia literaria por la sabia mano del autor aguileno; se trata del Eterno Retorno, esa idea abstracta de una existencia cíclica de inevitable resurgir en cuyo torbellino se puede a veces desear y a veces temer estar envuelto. Así nos presenta el narrador la idea en «Carta sin tiempo»:

«Me había hecho tanto al mar que, al igual que sus olas, cada nuevo día mío estaba formado desde un tiempo muy atrás y un profundo que no se olvida, y regresa para renacer en novedad de llegada a su playa»<sup>18</sup>.

Una vez que nos hemos elevado con la mágica palabra de Prieto a la abstracción de una existencia sobrenatural, parece propio virar con viento de popa hacia unas costas tan ricas como amadas por el novelista y tan abundantemente frecuentadas a lo largo de los siglos; hablamos de la mitología clásica, en cuyas fuentes, aún hoy, los elegidos pueden libar las más exquisitas esencias. Este es el caso de Antonio Prieto que lejos de encubrir con nombres nuevos a los viejos personajes o enmascarar los mitos con complementos ornamentales, nos hace sentir cómo el mito está vivo y podemos percibirlo en nuestro entorno. No se trata de una actualización más o menos lineal de una leyenda griega, sino la incorporación a personas y circunstancias presentes de la idea generatriz del mito, que produce lo que su propia terminología el autor denomina «fusión mítica»<sup>19</sup>.

Aún siendo materia más que suficiente para un mayor y más profundo estudio, nosotros nos ceñiremos a las relaciones establecidas por el novelista entre el mar y los determinados personajes y leyendas clásicos.

Coincidiendo con el cambio de rumbo en su carrera, en «Vuelve atrás, Lázaro» comienza también ese gusto por armonizar las situaciones ordinarias y presentes con los sueños del hombre que ignora los espacios y el tiempo en busca de una belleza absoluta.

De este modo, la perseguida confusión de Lázaro con Ulises se ve envuelta en un clima de atemporalidad tan bello como sugerente. Lázaro, el resucitado nos ofrece en clave mítica su más triste decepción:

17 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Secretum». Op. cit. Pág. 266.

18 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Carta sin tiempo». Op. cit. Pág. 210.

19 PRIETO MARTÍN, Antonio: —La fusión mítica— en «Ensayo Semiológico de Sistemas Literarios». Barcelona. Planeta. 1976. Págs. 141-191.

«Y él había dicho que sabría soportar lo que le acaeciese porque ignoraba este destino en el que ya Atenea no existía, Itaca había sido barrida y los humanos cultibaban frenéticamente el olvido como acción en la que sentirse presente»<sup>20</sup>.

En las cinco restantes novelas abundan las referencias al mundo clásico, pero acabaremos citando unos momentos de singular acierto literario en «Carta sin tiempo» cuando Ulises encuentra a Calypso en Ogiya procurando no caer en sus dulces brazos, a pesar de la bucólica estampa:

«Se despojó de la azulada túnica que la cubría y se lanzó al sereno mar de suave latido. Jugaba en el mar interpretando el surgir de Venus, y su desnudo cuerpo, perfectamente formado, era un armonioso ritmo de vida que el mar abrazaba y festejaba como se abrazaban los rayos del sol en las mañanas húmedas que reclamaban calor. Contemplar aquel juego de mar y diosa era percibir la sensación de un espectáculo sin tiempo ni espacio en el que la naturaleza y el cuerpo se fundían en la más espléndida belleza de una Edad de Oro (que la avaricia, la lujuria y la bestialidad del hombre interrumpieron)»<sup>21</sup>.

Rescatar esa Edad de Oro para nosotros, resulta ser uno de los hermosos logros de Prieto; de su mano viajamos con Ulises en busca de Itaca, luchamos con Polifemo, somos Homero enamorado de Nausicaa, y tantas y tan sugerentes transfusiones vertidas en las novelas estudiadas.

De lo meramente mitológico pasamos a lo mitopoético, haciendo fábula a los más insignes creadores literarios; de este modo cantaremos con Homero las gestas que Amor promueve en la Grecia clásica, captaremos el ambiente del cautiverio cervantino para crear después «Los Baños de Argel» y seremos el enamorado desterrado Garcilaso de la Vega a orillas del Danubio, y también podemos sentir la gran hazaña épica americana con Ercilla y Pizarro sin olvidar la idealización amorosa que vibra en Petrarca.

Con todo, el mundo cotidiano queda en lontananza ante una tierra tan fértil como preñada de belleza y armonía.

El tratamiento profundo de todas estas relaciones del mar con distintos aspectos de la obra de Antonio Prieto daría lugar a un estudio mucho más extenso fuera de los límites de este artículo.

Sirva éste a modo de breve catálogo para posterior ampliación y como apunte de un interesante tema de estudio.

Por fin, nada mejor que las propias palabras del autor en su última novela

20 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Vuelve atrás, Lázaro». Op. cit. Pág. 17.

21 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Carta sin tiempo». Op. cit. Pág. 104.

para cerrar este trabajo y esperar la pronta aparición de esa novena novela que está en capilla.

«El mar que comenzó siendo palabra y en palabra se repite cada verano dando nombres distintos en sus leyendas. Siempre el mar, donde hablar es ser escuchado por los siglos y donde morir es habitar otras vidas que contienen en sucesión lo que fue nuestro. No la prisión oscura de la tierra, en la que sería inútil abrir los ojos, sino el azul libre en su movimiento, cuya intensidad de luz es siempre vida»<sup>22</sup>.

---

22 PRIETO MARTÍN, Antonio: «Carta sin tiempo». Op. cit. Pág. 148.